

EL SUEÑO DE LAS ARTISTAS

Dos jóvenes artistas huyen de un peligroso matero y viajan a París, donde un escritor se inspira en su historia para crear una novela.



GiangStoreBooks

Prólogo

Valeria y Luna son dos jóvenes artistas que sueñan con viajar por el mundo y expresar su arte. Su sueño se ve truncado cuando asisten a una fiesta organizada por el Jefe, un peligroso líder de una banda de moteros, que las persigue para matarlas. Su única esperanza es Pedro, un

artista veterano que las acoge en su casa y les ofrece una oportunidad única: viajar a París, la ciudad del arte, de la música, de la danza, de la poesía, de la libertad, del amor. Allí conocerán a Carlos, un escritor que se



inspira en su aventura para escribir una novela. ¿Podrán Valeria y Luna cumplir su sueño y escapar de su pesadilla?

Capítulo 1: El encuentro



Era una tarde lluviosa de septiembre en Caracas, la capital de Venezuela. El tráfico era caótico, los bocinazos y las sirenas se mezclaban con el sonido de la lluvia. En medio de ese caos, una joven caminaba apresuradamente por la acera, tratando de evitar los charcos y los empujones de la gente. Llevaba una mochila al hombro y un paraguas en la mano. Su nombre era Valeria, y tenía 18 años.

Valeria acababa de salir del instituto, donde estudiaba el último año de bachillerato. Era una chica inteligente y aplicada, pero también soñadora y rebelde. No le gustaba el sistema educativo ni la situación política y social de su país, que estaba sumido en una profunda crisis económica y humanitaria. Valeria quería estudiar periodismo en el extranjero, y para eso se había inscrito en una beca que ofrecía una universidad de España. Estaba esperando los resultados, que saldrían en unos días.

Valeria tenía prisa porque había quedado con su novio, Daniel, en un café cerca de su casa. Daniel era un chico de 19 años, que trabajaba como mecánico en un taller. Era alto y moreno, con el pelo corto y los ojos verdes. Se habían conocido hacía un año, en una fiesta de unos amigos en común, y desde entonces eran inseparables. Daniel era cariñoso y divertido, pero también celoso y posesivo. No le gustaba que Valeria tuviera planes de irse del país, y le pedía que se quedara con él.

Valeria llegó al café y entró buscando a Daniel con la mirada. Lo vio sentado en una mesa al fondo, junto a la ventana. Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla.

Hola, mi amor - le dijo - ¿Cómo estás?

Hola, mi vida - le respondió él - Bien, ¿y tú?

Bien, un poco cansada del instituto - dijo ella - ¿Qué tal el trabajo?

Lo de siempre, mucho trabajo y poco dinero - dijo él - Pero bueno, lo importante es que estamos juntos.

Sí, claro - dijo ella con una sonrisa forzada.

Se sentaron y pidieron dos cafés con leche. Mientras esperaban, Valeria sacó de su mochila un libro que había comprado en una librería de segunda mano. Era una novela de Gabriel García Márquez, uno de sus escritores favoritos.

Mira lo que encontré - le dijo a Daniel - Cien años de soledad. Es una obra maestra.

¿Y eso qué es? - preguntó él sin interés.

Es una novela sobre la historia de una familia a lo largo de varias generaciones - explicó ella - Es una mezcla de realidad y fantasía, con personajes increíbles y situaciones mágicas.

Ah, sí - dijo él bostezando - Suena muy aburrido.

No es aburrido, es maravilloso - dijo ella indignada - Es uno de los mejores libros que he leído en mi vida.

Bueno, bueno - dijo él tratando de calmarla - No te enfades, mi amor. Es que a mí no me gustan esos libros tan raros. Yo prefiero las películas de acción o las series de Netflix.

Pues deberías leer más - dijo ella - Te abriría la mente y te haría más culto.

¿Y para qué quiero yo ser más culto? - preguntó él - Con lo que yo sé me basta.

Valeria suspiró y guardó el libro en su mochila. Se dio cuenta de que cada vez tenían menos cosas en común. Ella quería viajar por el mundo, conocer otras culturas, aprender idiomas, expresarse libremente. Él quería quedarse en su zona de confort, conformarse con lo que tenía, seguir la corriente. Ella era curiosa y aventurera. Él era conformista y rutinario.

Los cafés llegaron y los tomaron en silencio. Valeria miró por la ventana y vio que la lluvia había cesado. Se le ocurrió una idea.

Oye, ¿por qué no vamos al parque? - le propuso - Hace tiempo que no vamos.

¿Al parque? - preguntó él sorprendido - ¿Para qué?

Para pasear, para respirar aire fresco, para divertirnos - dijo ella - Vamos, anímate.

No sé, mi amor - dijo él dudando - Estoy un poco cansado. Además, puede que vuelva a llover.

Vamos, no seas aguafiestas - insistió ella - Te prometo que lo pasaremos bien.

Bueno, bueno - accedió él finalmente - Pero solo un rato, ¿eh?

Sí, sí, solo un rato - dijo ella sonriendo.

Pagaron los cafés y salieron del local. Caminaron por la calle hasta llegar al parque, que estaba a pocas cuadras. Era un parque grande y bonito, con árboles, flores, fuentes y bancos. Había gente paseando, niños jugando, parejas besándose. Valeria y Daniel entraron al parque y se dirigieron a una zona donde había unos columpios y un tobogán. Valeria se subió a uno de los columpios y empezó a balancearse.

Ven, sube conmigo - le dijo a Daniel.

¿Qué? ¿Estás loca? - dijo él incrédulo - Eso es para niños.

No seas aburrido - dijo ella - Vamos, no te va a pasar nada.

No, no, yo paso - dijo él negándose.

Venga, por favor - rogó ella - Por mí.

Está bien, está bien - cedió él al final - Pero solo un poco.

Daniel se subió al otro columpio y empezó a balancearse también. Al principio lo hizo con timidez, pero luego se fue soltando y cogiendo más impulso. Valeria lo miró y se rió. Él la miró y le devolvió la sonrisa. Se sintieron como dos niños otra

vez. Se olvidaron de sus problemas y de sus diferencias. Solo disfrutaron del momento.

De repente, Valeria vio algo que le llamó la atención. En el otro extremo del parque, había un grupo de jóvenes que estaban haciendo malabares con pelotas, aros y palos. Eran unos chicos y unas chicas de su edad, vestidos con ropa colorida y extravagante. Tenían el pelo largo y teñido de varios colores. Llevaban piercings y tatuajes. Algunos tocaban instrumentos musicales como guitarras, tambores o flautas. Otros cantaban o bailaban al ritmo de la música. Parecían muy felices y libres.

Valeria se quedó fascinada con ellos. Le parecieron unos artistas increíbles. Quiso acercarse a verlos mejor, pero no se atrevió. Se limitó a observarlos desde lejos.

Daniel siguió su mirada y vio lo que ella estaba viendo. Frunció el ceño y se molestó.

¿Qué miras? - le preguntó con tono celoso.

Nada, nada - dijo ella disimulando.

No me mientas - dijo él enfadado - Estás mirando a esos hippies sucios.

No son hippies sucios - dijo ella defendiéndolos - Son artistas callejeros.

Lo mismo da - dijo él despreciándolos - Son unos vagos que no hacen nada productivo. Solo molestan a la gente con sus payasadas.

No digas eso - dijo ella indignada - Son personas que tienen talento y que expresan su arte de una forma original y creativa.

¿Arte? ¿Eso es arte? - dijo él burlándose - Eso es una basura. No tienen ni idea de lo que es el arte.

¿Y tú sí? - preguntó ella retándolo.

Claro que sí - dijo él orgulloso - El arte es lo que hacen los grandes pintores, los grandes músicos, los grandes escritores. No lo que hacen esos frikis raros.

Pues yo creo que el arte es algo más amplio y diverso que eso - dijo ella argumentando - El arte es cualquier forma de expresión humana que busca transmitir una emoción, una idea o una

una visión. El arte es lo que te hace sentir algo, lo que te hace pensar, lo que te hace vibrar. El arte es lo que hacen esos artistas callejeros, y también lo que hacen los grandes maestros.

No, no, no - dijo él negando con la cabeza - Eso es una tontería. El arte tiene que tener unas normas, unos criterios, unos estándares. No todo vale. El arte tiene que ser bello, armonioso, elegante. No como esas porquerías que hacen esos tipos.

¿Por qué eres tan cerrado de mente? - preguntó ella exasperada - ¿Por qué no puedes apreciar otras formas de arte? ¿Por qué no puedes ser más tolerante y respetuoso con los demás?

¿Y por qué tú eres tan ingenua y crédula? - preguntó él molesto - ¿Por qué te dejas engañar por esos farsantes? ¿Por qué no puedes ser más realista y práctica?

Se quedaron mirando fijamente, con los ojos chispeantes de ira. Se dieron cuenta de que no se entendían, de que no se ponían de acuerdo, de que no se compenetraban. Se sintieron frustrados y decepcionados.

En ese momento, uno de los artistas callejeros se acercó a ellos. Era un chico rubio y delgado, con el pelo recogido en una coleta. Llevaba una camisa de flores y unos pantalones vaqueros rotos. Tenía una sonrisa amable y unos ojos azules que brillaban con picardía.

Hola, amigos - les dijo con simpatía - ¿Qué tal?

Hola - dijo Valeria cortésmente.

Hola - dijo Daniel secamente.

Me llamo Leo - se presentó el chico - Soy uno de los malabaristas.

Encantada - dijo Valeria - Yo me llamo Valeria, y él es Daniel.

Mucho gusto - dijo Leo - Os he visto mirando nuestro espectáculo. ¿Os ha gustado?

A mí sí - dijo Valeria - Me ha parecido muy original y divertido.

A mí no - dijo Daniel - Me ha parecido una pérdida de tiempo.

Leo los miró con sorpresa y curiosidad. Notó la tensión entre ellos.

Vaya, veo que tenéis opiniones diferentes - comentó Leo - Bueno, eso es normal. El arte es subjetivo, cada uno tiene su gusto.

Sí, claro - dijo Daniel con sarcasmo.

Bueno, bueno - dijo Leo tratando de calmar el ambiente - No os peleéis por eso. Al fin y al cabo, lo importante es disfrutar de la vida.

Sí, eso es verdad - dijo Valeria con una sonrisa.

No, eso es mentira - dijo Daniel con un gesto de desdén.

Leo volvió a mirarlos con extrañeza. Se preguntó qué hacían juntos esos dos.

Oye, ¿vosotros sois novios? - les preguntó Leo.

Sí, somos novios - respondió Valeria.

No, somos amigos - respondió Daniel al mismo tiempo.

Se miraron confundidos y avergonzados. No sabían qué decir.

Leo se rió y les guiñó un ojo.

Bueno, bueno, no importa - les dijo Leo - Lo que importa es que os llevéis bien. Y si no os lleváis bien, pues nada, cada uno por su lado. Hay muchos peces en el mar.

Valeria se sonrojó y bajó la cabeza. Daniel se enfureció y apretó los puños.

Oye, tú - le dijo Daniel a Leo con hostilidad - ¿Qué te crees que eres? ¿Quién te has creído que eres para meterte en nuestra relación? ¿Qué quieres de nosotros?

Leo levantó las manos en señal de paz.

Tranquilo, tranquilo - le dijo Leo a Daniel con calma - No quiero nada de vosotros. Solo quería ser amable y hacer un poco de conversación. No te pongas así.

Pues no me gusta tu conversación ni tu amabilidad - dijo Daniel con rabia - Así que déjanos en paz y vete a molestar a otro lado.

Leo suspiró y se encogió de hombros.

Está bien, está bien - dijo Leo resignado - No quería offenderte ni molestarte. Solo quería invitarte a algo.

¿A qué? - preguntó Valeria con curiosidad.

A una fiesta - respondió Leo con una sonrisa - Una fiesta que vamos a hacer esta noche en nuestra casa.

¿Qué casa? - preguntó Daniel con desconfianza.

La casa donde vivimos - explicó Leo - Bueno, en realidad no es una casa, es una furgoneta. Una furgoneta que hemos convertido en una casa. Es muy acogedora y divertida. La tenemos aparcada en un descampado cerca de aquí.

¿Y qué clase de fiesta es esa? - preguntó Daniel con recelo.

Una fiesta muy especial - dijo Leo con entusiasmo - Una fiesta donde celebramos el arte, la música, la danza, la poesía, la libertad, el amor. Una fiesta donde no hay reglas, ni límites, ni prejuicios. Una fiesta donde todo es posible.

Suena muy interesante - dijo Valeria con ilusión.

Suena muy peligroso - dijo Daniel con temor.

Leo los miró con una mirada penetrante y les tendió la mano.

¿Qué decís? - les preguntó Leo - ¿Os animáis a venir? ¿Os atrevéis a vivir una experiencia única e inolvidable?

Valeria y Daniel se miraron indecisos. No sabían qué hacer. Valeria sentía una atracción irresistible por esa propuesta. Daniel sentía un rechazo absoluto por esa propuesta. Valeria quería ir. Daniel quería huir.

Capítulo 3: La decisión



Valeria y Daniel se quedaron en silencio, sin saber qué responder. Leo los observaba con expectación, esperando su respuesta.

Vamos, no os lo penséis tanto - les dijo Leo - Es una oportunidad única. No os arrepentiréis.

Yo... yo quiero ir - dijo Valeria con voz temblorosa.

¿Qué? - exclamó Daniel con incredulidad - ¿Estás loca?

No, no estoy loca - dijo Valeria con firmeza - Estoy cansada. Cansada de esta vida aburrida y monótona. Cansada de esta ciudad gris y violenta. Cansada de esta relación que no me llena ni me hace feliz.

¿Qué dices? - dijo Daniel con dolor - ¿No me quieres? ¿No te importo?

Claro que te quiero - dijo Valeria con tristeza - Claro que me importas. Pero no es suficiente. Necesito más. Necesito vivir, sentir, soñar. Necesito algo como esto - dijo señalando a Leo y a sus amigos.

¿Algo como esto? - repitió Daniel con desprecio - ¿Algo como estos vagabundos que no tienen futuro ni responsabilidad? ¿Algo como esta fiesta que no es más que una excusa para drogarse y emborracharse?

No son vagabundos, son artistas - dijo Valeria con admiración - Y no se drogan ni se emborrachan, se divierten y se expresan. Y yo quiero ser parte de eso. Quiero ser parte de su mundo.

Pues yo no - dijo Daniel con rotundidad - Yo no quiero ser parte de ese mundo. Yo quiero ser parte de este mundo. El mundo real. El mundo donde hay que trabajar, estudiar, ahorrar, planear. El mundo donde hay que ser serio, prudente, sensato.

Pues qué aburrido eres - dijo Valeria con desdén.

Pues qué ilusa eres - dijo Daniel con reproche.

Se miraron con rencor y decepción. Se dieron cuenta de que no se querían, de que no se entendían, de que no se complementaban. Se sintieron solos y vacíos.

Leo los miró con compasión y comprensión. Se dio cuenta de que estaban sufriendo, de que estaban confundidos, de que estaban atrapados.

Oye, amigos - les dijo Leo con dulzura - No os hagáis daño. No os obliguéis a estar juntos si no os hacéis felices. No os conforméis con lo que tenéis si no os satisface. No os neguéis la posibilidad de cambiar si no os gusta vuestra situación.

¿Y tú qué sabes? - le dijo Daniel a Leo con resentimiento - ¿Qué sabes tú de la vida? ¿Qué sabes tú del amor?

Sé lo suficiente - dijo Leo con humildad - Sé que la vida es un regalo que hay que aprovechar al máximo. Sé que el amor es un sentimiento que hay que compartir sin miedo. Sé que hay muchas formas de vivir y de amar, y que cada uno tiene que encontrar la suya.

Pues yo ya he encontrado la mía - dijo Daniel con orgullo - Y es esta.

Pues yo no he encontrado la mía - dijo Valeria con angustia - Y quiero buscarla.

Leo les tendió la mano otra vez.

Bueno, amigos - les dijo Leo con una sonrisa - La decisión es vuestra. Podéis venir con nosotros a la fiesta, o podéis quedarnos aquí en el parque. Podéis seguir juntos, o podéis separaros. Podéis cambiar vuestra vida, o podéis seguir como estáis. Solo vosotros sabéis lo que queréis y lo que necesitáis.

Valeria y Daniel se miraron una última vez. Vieron en sus ojos el reflejo de sus almas. Vieron la diferencia entre ellos. Vieron la distancia entre ellos.

Valeria soltó la mano de Daniel y cogió la mano de Leo.

Yo voy contigo - le dijo Valeria a Leo.

Yo me quedo aquí - le dijo Daniel a Valeria.

Se soltaron las manos y se dieron la espalda. Se alejaron el uno del otro sin mirar atrás.

Leo abrazó a Valeria y la llevó hacia su furgoneta. Daniel se quedó solo en el parque, mirando al vacío.

Así terminó su historia. Así empezó su nueva vida.

Capítulo 4: La fiesta



Valeria y Leo llegaron a la furgoneta, donde los esperaban los demás artistas callejeros. Eran unos diez en total, entre chicos y chicas de diferentes edades, razas y estilos. Todos tenían algo en común: una actitud alegre, desenfadada y rebelde.

Hola, amigos - les dijo Leo con entusiasmo - Os presento a Valeria. Es una chica que acabo de conocer en el parque. Viene con nosotros a la fiesta.

Hola, Valeria - le dijeron los demás con simpatía - Bienvenida a nuestra familia.

Hola, amigos - dijo Valeria con timidez - Gracias por acogerme.

No hay de qué - le dijo una chica morena y delgada, con el pelo corto y teñido de rosa - Somos muy abiertos y hospitalarios. Yo me llamo Luna, y soy la novia de Leo.

Encantada - dijo Valeria - Yo me llamo Valeria, y soy... bueno, era la novia de Daniel.

¿Qué pasó? - preguntó Luna con curiosidad.

Lo dejamos - respondió Valeria con tristeza - No nos entendíamos. Él quería quedarse en el parque, y yo quería venir con vosotros.

Vaya, lo siento - dijo Luna con compasión - Pero no te preocupes. Aquí te vas a divertir mucho. Vas a conocer gente nueva y diferente. Vas a vivir experiencias únicas e inolvidables.

Eso espero - dijo Valeria con ilusión.

Bueno, bueno - dijo Leo interrumpiendo - No perdamos más tiempo. Vamos a la fiesta.

¡Sí, vamos a la fiesta! - gritaron los demás con alegría.

Se subieron todos a la furgoneta, que era amplia y cómoda. Tenía una cama, un sofá, una mesa, una cocina, un baño y un armario. Estaba decorada con alfombras, cojines, cortinas y lámparas de colores. Tenía un equipo de música, una televisión, un ordenador y una consola de videojuegos. Era como una casa sobre ruedas.

Leo se puso al volante y arrancó el motor. Puso música a todo volumen y salió del parque. Los demás cantaban, bailaban y reían en el interior de la furgoneta. Valeria se sentó en el sofá junto a Luna, que le ofreció una botella de cerveza.

Toma, bebe un poco - le dijo Luna a Valeria - Te hará bien.

Gracias - dijo Valeria aceptando la botella - No suelo beber mucho, pero hoy haré una excepción.

Eso está bien - dijo Luna sonriendo - Hoy es un día especial. Hoy es el día en que cambias tu vida.

¿De verdad crees eso? - preguntó Valeria con duda.

Claro que sí - dijo Luna con seguridad - Hoy vas a descubrir un mundo nuevo. Un mundo donde no hay normas, ni límites, ni prejuicios. Un mundo donde puedes ser tú misma, sin miedo ni vergüenza. Un mundo donde puedes hacer lo que quieras, con quien quieras, cuando quieras.

Suena muy tentador - dijo Valeria con interés.

Y lo es - dijo Luna con pasión - Te lo digo por experiencia propia. Yo antes era como tú. Vivía en una casa normal, con una familia normal, con una vida normal. Iba al colegio, hacía los deberes, veía la tele, salía con mis amigas. Todo muy aburrido y monótono. Hasta que un día conocí a Leo. Él me abrió los ojos. Me mostró otro modo de vivir. Me llevó a su furgoneta, me presentó a sus amigos, me invitó a su fiesta. Y desde entonces no he vuelto atrás. Desde entonces soy feliz.

Me alegro por ti - dijo Valeria sinceramente.

Y yo me alegro por ti - dijo Luna amablemente - Porque hoy vas a vivir lo mismo que yo viví. Hoy vas a ser feliz.

Valeria sonrió y bebió un trago de cerveza. Se sintió más relajada y animada. Miró por la ventana y vio que la furgoneta salía de la ciudad y se adentraba en el campo. Vio el cielo azul, el sol brillante, las nubes blancas, los árboles verdes, las flores multicolores. Vio la belleza de la naturaleza. Se sintió libre y viva.

¿Dónde vamos? - preguntó Valeria con curiosidad.

Vamos a un lugar secreto - respondió Luna con misterio - Un lugar donde nadie nos molesta ni nos juzga. Un lugar donde hacemos nuestras fiestas.

¿Qué tipo de fiestas? - preguntó Valeria con intriga.

Unas fiestas muy especiales - respondió Luna con emoción - Unas fiestas donde celebramos el arte, la música, la danza, la poesía, la libertad, el amor. Unas fiestas donde no hay reglas, ni límites, ni prejuicios. Unas fiestas donde todo es posible.

¿Todo? - preguntó Valeria con sorpresa.

Todo - respondió Luna con una sonrisa pícara - Ya lo verás.

Valeria se quedó pensativa y expectante. Se preguntó qué le esperaba en esa fiesta. Se preguntó qué haría en esa fiesta. Se preguntó si le gustaría esa fiesta.

La furgoneta siguió avanzando por el camino, dejando atrás la ciudad y acercándose al campo. La música seguía sonando a todo volumen y los demás seguían cantando, bailando y riendo. Valeria se unió a ellos y se dejó llevar por el ambiente. Se olvidó de su pasado y se concentró en su presente. Se preparó para su futuro.

Así llegaron a la fiesta. Así empezó su aventura.

Capítulo 5: El conflicto



La furgoneta se detuvo en un descampado, donde había otras furgonetas y caravanas aparcadas. Era un lugar apartado y tranquilo, rodeado de árboles y arbustos. Había una hoguera encendida, donde se cocinaban alimentos y se calentaban bebidas. Había una carpita grande, donde se instaló un escenario y un equipo de sonido. Había una multitud de gente, que bailaba, cantaba, reía y charlaba.

Hemos llegado - anunció Leo con alegría - Bienvenidos a la fiesta.

¡Qué bien! - exclamó Valeria con emoción.

Vamos, vamos - dijo Luna con impaciencia - No perdamos más tiempo. Vamos a divertirnos.

Se bajaron de la furgoneta y se mezclaron con la gente. Valeria se sintió abrumada por la cantidad y la variedad de personas que había. Había gente de todas las edades, razas y estilos. Había gente vestida con ropa normal, y gente vestida con ropa extravagante. Había gente con el pelo largo, corto, liso, rizado, natural o teñido. Había gente con piercings, tatuajes, maquillaje o sin nada. Había gente que parecía normal, y gente que parecía rara.

¿Quiénes son todos estos? - preguntó Valeria con curiosidad.

Son nuestros amigos - respondió Luna con orgullo - Son gente como nosotros. Gente que ama el arte, la música, la danza, la poesía, la libertad, el amor. Gente que no sigue las normas, ni los límites, ni los prejuicios. Gente que hace lo que quiere, con quien quiere, cuando quiere.

¿Y de dónde vienen? - preguntó Valeria con interés.

De todas partes - respondió Luna con indiferencia - Algunos son de aquí, otros son de fuera. Algunos tienen casa, otros no. Algunos tienen trabajo, otros no. Algunos tienen familia, otros no. No importa. Lo único que importa es que estamos juntos. Somos una familia.

¿Una familia? - repitió Valeria con sorpresa.

Sí, una familia - afirmó Luna con convicción - Una familia que se quiere y se cuida. Una familia que se apoya y se respeta. Una familia que se divierte y se expresa.

Qué bonito - dijo Valeria con admiración.

Sí, es bonito - dijo Luna con una sonrisa - Y tú eres parte de esta familia. Desde hoy eres una de nosotros.

¿De verdad? - preguntó Valeria con duda.

Claro que sí - dijo Luna abrazándola - Eres nuestra hermana.

Valeria se sintió acogida y querida. Se sintió parte de algo grande y bueno. Se sintió feliz.

Leo se acercó a ellas y las cogió de la mano.

Vamos, chicas - les dijo Leo con entusiasmo - Vamos a bailar.

Sí, vamos a bailar - dijo Luna con ganas.

Sí, vamos a bailar - dijo Valeria con ilusión.

Los tres se dirigieron a la carpa, donde había una fiesta en pleno apogeo. La música sonaba fuerte y animada, mezclando diferentes ritmos y estilos. La gente bailaba sin parar, moviéndose al compás de la música. La gente cantaba sin cesar, coreando las letras de las canciones. La gente reía sin límite, disfrutando del momento.

Leo, Luna y Valeria se unieron a la fiesta y empezaron a bailar también. Se movieron con soltura y gracia, siguiendo el ritmo de la música. Se miraron con complicidad y cariño, compartiendo el sentimiento de la música. Se abrazaron con ternura y pasión, expresando el deseo de la música.

Valeria se dejó llevar por la fiesta y se olvidó de todo lo demás. Se olvidó de Daniel y de su ruptura. Se olvidó de su casa y de su familia. Se olvidó de su colegio y de su beca. Se olvidó de su pasado y de su futuro. Solo pensó en su presente. Solo pensó en Leo y en Luna. Solo pensó en la música.

Así bailó toda la noche. Así vivió su sueño.

Pero su sueño se convirtió en pesadilla. Su pesadilla empezó cuando apareció él.

Él era un hombre alto y fuerte, con el pelo negro y la barba larga. Llevaba una chaqueta de cuero, unos pantalones vaqueros y unas botas de motorista. Tenía una cicatriz en la mejilla y un tatuaje en el cuello. Tenía una mirada fría y dura,

que intimidaba a cualquiera. Tenía una voz ronca y grave, que imponía respeto. Tenía un nombre que todos conocían y temían: El Jefe.

El Jefe era el líder de una banda de moteros, que se dedicaba al tráfico de drogas, armas y personas. El Jefe era el dueño de ese descampado, donde tenía su base de operaciones. El Jefe era el organizador de esas fiestas, donde vendía sus productos y reclutaba a sus clientes.

El Jefe llegó a la fiesta con su moto, acompañado de sus secuaces. Entró en la carpa, donde se hizo un silencio sepulcral. Miró a su alrededor, buscando a alguien con la vista. Encontró a lo que buscaba: a Leo.

Hola, Leo - le dijo El Jefe con una sonrisa maliciosa - ¿Qué tal?

Hola, Jefe - le dijo Leo con una sonrisa nerviosa - Bien, ¿y tú?

Bien, bien - dijo El Jefe con falsa amabilidad - Veo que te lo estás pasando bien.

Sí, sí - dijo Leo con falsa alegría - La fiesta está muy bien.

Me alegro, me alegro - dijo El Jefe con falsa satisfacción - Pero sabes que no he venido a hablar de la fiesta.

Sí, lo sé - dijo Leo con verdadero miedo - Has venido a hablar del dinero.

Exacto - dijo El Jefe con verdadera seriedad - Has venido a hablar del dinero que me debes.

Sí, lo sé - repitió Leo con más miedo aún - Pero te juro que te lo voy a pagar.

Eso espero - dijo El Jefe con verdadera amenaza - Porque si no me lo pagas pronto, te vas a arrepentir.

No, no, no te preocupes - dijo Leo con más nerviosismo todavía - Te lo pagaré en cuanto pueda.

Pues más te vale - dijo El Jefe con verdadera furia - Porque si no me lo pagas en una semana, te voy a romper las piernas. Y si no me lo pagas en un mes, te voy a matar.

No, no, por favor - dijo Leo con más pánico aún - No me hagas eso. Te lo suplico.

No me ruegues a mí - dijo El Jefe con verdadero desprecio - Ruega al destino. Porque tu destino depende de tu dinero. Y tu dinero depende de tu trabajo. Y tu trabajo depende de tu voluntad. Así que ponte las pilas y trabaja más duro. Vende más droga, consigue más clientes, gana más dinero. Y págamelo todo. O si no...

El Jefe hizo un gesto con el dedo índice sobre su garganta, simulando un corte. Leo se quedó pálido y tembloroso. Valeria y Luna se quedaron asustadas y confundidas.

¿Qué pasa? - preguntó Valeria con preocupación.

Nada, nada - mintió Leo con torpeza.

No nos mientes - exigió Luna con indignación.

Está bien, está bien - confesó Leo con vergüenza - Os lo voy a contar todo.

Leo les contó la verdad. Les contó que hacía unos meses había conocido al Jefe en una de sus fiestas. Les contó que el Jefe le había ofrecido trabajar para él como vendedor de droga. Les contó que él había aceptado por necesidad y por curiosidad. Les contó que al principio todo había ido bien, que había ganado mucho dinero y que había pagado al Jefe su parte. Les contó que luego todo había ido mal, que había perdido mucho dinero y que había dejado de pagar al Jefe su parte. Les contó que ahora le debía una fortuna al Jefe, y que el Jefe le había dado un ultimátum: o le pagaba todo en un mes, o lo mataba.

Valeria y Luna escucharon la historia de Leo con horror y asombro. No podían creer lo que oían. No podían creer lo que había hecho.

¿Cómo pudiste? - le preguntó Valeria con decepción.

¿Cómo pudiste? - le preguntó Luna con enfado.

Lo siento, lo siento - se disculpó Leo con arrepentimiento - Fue un error. Un gran error. No sabía lo que hacía. No pensaba en las consecuencias.

Pues deberías haberlo sabido - le dijo Valeria con reproche - Deberías haberlo pensado.

Pues deberías haberlo dicho - le dijo Luna con resentimiento - Deberías haberlo compartido.

Lo sé, lo sé - admitió Leo con vergüenza - Pero tenía miedo. Miedo de perderos. Miedo de que me odiarais. Miedo de que me dejarais.

Pues ahora nos has perdido - le dijo Valeria con tristeza.

Pues ahora te odiamos - le dijo Luna con rabia.

Pues ahora te dejamos - le dijeron las dos al mismo tiempo.

Se levantaron del sofá y se alejaron de él. Se dirigieron a la salida de la carpa, dispuestas a marcharse de la fiesta. Leo se quedó solo en el sofá, mirándolas con desesperación.

Esperad, esperad - les dijo Leo suplicando - No os vayáis. No me dejéis solo. Os necesito.

No, no te necesitamos - le dijeron ellas negando con la cabeza - No te queremos. No te perdonamos.

Por favor, por favor - les dijo Leo llorando - Dadme una oportunidad. Dadme una segunda oportunidad. Os lo prometo, os lo juro, os lo imploro. Cambiaré. Cambiaré por vosotras.

No, no cambiarás - le dijeron ellas sin mirarlo - No cambiarás por nosotras. No cambiarás por nadie. Eres un mentiroso, un traidor, un cobarde.

No, no soy eso - les dijo Leo negando con la mano - Soy un artista, un músico, un malabarista. Soy vuestro amigo, vuestro compañero, vuestro amante.

No, no eres eso - le dijeron ellas sin escucharlo - Eres un drogadicto, un delincuente, un asesino. Eres nuestro enemigo, nuestro rival, nuestro verdugo.

Salieron de la carpa y se perdieron entre la multitud. Leo se quedó en la carpa y se hundió en el sofá. Se sintió solo y vacío. Se sintió infeliz.

Pero su infelicidad se convirtió en terror. Su terror empezó cuando volvió él.

Él era el Jefe, que había salido de la carpa para hacer unas llamadas y había vuelto a entrar. Entró en la carpa, donde se hizo un silencio sepulcral otra vez. Miró a su alrededor, buscando a alguien con la vista otra vez. Encontró a lo que buscaba otra vez: a Leo.

Hola, Leo - le dijo el Jefe con una sonrisa malévola otra vez - ¿Qué tal?

Hola, Jefe - le dijo Leo con una sonrisa forzada otra vez - Bien, ¿y tú?

Bien, bien - dijo el Jefe con falsa amabilidad otra vez - Veo que te has quedado solo.

Sí, sí - dijo Leo con falsa alegría otra vez - Mis amigas se han ido.

¿Y eso? - preguntó el Jefe con falsa curiosidad otra vez.

Nada, nada - mintió Leo con torpeza otra vez.

No me mientas otra vez - exigió el Jefe con verdadera ira otra vez.

Está bien, está bien - confesó Leo con miedo otra vez - Os lo voy a contar todo otra vez.

Leo le contó la verdad otra vez. Le contó que sus amigas se habían enterado de su deuda con él. Le contó que sus amigas se habían enfadado con él. Le contó que sus amigas se habían marchado de la fiesta. Le contó que sus amigas lo habían abandonado.

El Jefe escuchó la historia de Leo con burla y desprecio. No le importaba lo que le pasara. No le importaba lo que sintiera. Solo le importaba lo que le debía.

Vaya, vaya - dijo el Jefe con sarcasmo - Parece que has tenido una mala noche.

Sí, sí - dijo Leo con tristeza - Ha sido la peor noche de mi vida.

Pues te voy a dar una buena noticia - dijo el Jefe con ironía - Va a ser la última noche de tu vida.

¿Qué? - exclamó Leo con pánico.

Sí, sí - dijo el Jefe con crueldad - He decidido adelantar el plazo. No te voy a dar un mes para pagarme. Te voy a matar ahora mismo.

No, no, por favor - dijo Leo suplicando otra vez - No me mates. Te lo ruego.

No me ruegues otra vez - dijo el Jefe con desprecio otra vez - No sirve de nada. Estás muerto.

El Jefe sacó una pistola de su chaqueta y apuntó a Leo con ella. Leo se quedó paralizado y aterrorizado. No podía moverse ni hablar. Solo podía mirar al Jefe con horror.

El Jefe sonrió y apretó el gatillo. La pistola hizo un ruido ensordecedor y soltó una bala. La bala salió disparada hacia Leo y le dio en el pecho. Leo sintió un dolor insoportable y cayó al suelo. El Jefe se acercó a él y lo miró con indiferencia.

Adiós, Leo - le dijo el Jefe con frialdad - Ha sido un placer hacer negocios contigo.

Leo no pudo responder. Solo pudo toser sangre y agonizar. Vio la cara del Jefe borrosa y distante. Vio la carpa oscura y silenciosa. Vio su vida pasar por sus ojos. Vio a Valeria y a Luna sonriendo y llorando. Vio la música, la danza, la poesía, la libertad, el amor. Vio el arte.

Así murió Leo. Así terminó su aventura.

Capítulo 6: La búsqueda



Valeria y Luna salieron de la carpa y se alejaron de la fiesta. Se sentían traicionadas y decepcionadas por Leo. Se sentían asustadas y confundidas por el Jefe. Se sentían solas y perdidas en el mundo.

¿Qué vamos a hacer? - preguntó Valeria con angustia.

No lo sé - respondió Luna con desánimo.

¿A dónde vamos a ir? - preguntó Valeria con incertidumbre.

No lo sé - repitió Luna con desesperación.

Se quedaron en silencio, sin saber qué decir ni qué hacer. Se miraron con tristeza y compasión. Se abrazaron con ternura y consuelo.

Lo siento, lo siento mucho - dijo Valeria llorando - Siento haberte metido en este lío. Siento haber confiado en Leo. Siento haber venido a esta fiesta.

No, no lo sientas - dijo Luna llorando también - No es tu culpa. Es culpa de Leo. Es culpa del Jefe. Es culpa de esta fiesta.

¿Qué vamos a hacer? - repitió Valeria con desesperación.

No lo sé, no lo sé - repitió Luna con angustia.

En ese momento, oyeron un disparo. Un disparo que provenía de la carpa. Un disparo que les heló la sangre.

¿Qué ha sido eso? - preguntó Valeria con miedo.

No lo sé, no lo sé - respondió Luna con pánico.

Se quedaron paralizadas, sin atreverse a moverse ni a hablar. Esperaron a ver qué pasaba. Esperaron a ver si había más disparos. Esperaron a ver si alguien salía de la carpa.

Pasaron unos segundos que se les hicieron eternos. Nadie salió de la carpa. Nadie hizo más disparos. Nadie dijo nada.

¿Qué habrá pasado? - preguntó Valeria con curiosidad.

No lo sé, no lo sé - respondió Luna con nerviosismo.

Se miraron con duda e inquietud. Se preguntaron si debían acercarse a la carpa o alejarse de ella. Se preguntaron si debían averiguar lo que había pasado o ignorarlo. Se preguntaron si debían quedarse o marcharse.

¿Qué hacemos? - preguntó Valeria con indecisión.

No lo sé, no lo sé - respondió Luna con vacilación.

Se quedaron en silencio otra vez, sin saber qué hacer. Se miraron otra vez, buscando una respuesta. Se soltaron el abrazo y se cogieron de la mano.

Vamos - dijo Valeria con determinación.

Vamos - dijo Luna con resignación.

Se acercaron a la carpa, temiendo lo que iban a encontrar. Se asomaron a la entrada, horrorizadas por lo que vieron. Vieron el cuerpo de Leo tendido en el suelo, bañado en sangre. Vieron la cara del Jefe mirándolas con desprecio, apuntándolas con su pistola.

Hola, chicas - les dijo el Jefe con una sonrisa malvada - ¿Qué tal?

Valeria y Luna no pudieron responder. Solo pudieron gritar y correr. Corrieron hacia la salida del descampado, buscando una salida a su pesadilla. Corrieron hacia la furgoneta de Leo, esperando encontrar una salvación a su problema. Corrieron hacia su destino, sin saber cuál era su destino.

El Jefe las persiguió con su moto, dispuesto a acabar con ellas. Les disparó varias veces, tratando de darles en el blanco. Les gritó insultos y amenazas, intentando asustarlas y detenerlas.

Valeria y Luna llegaron a la furgoneta de Leo y se subieron a ella. Valeria se puso al volante y arrancó el motor. Luna se puso al lado y cerró la puerta. Salieron del descampado a toda velocidad, dejando atrás al Jefe y a su banda.

El Jefe las siguió con su moto, sin rendirse ni desistir. Les disparó más veces, acercándose cada vez más al blanco. Les gritó más insultos y amenazas, acortando cada vez más la distancia.

Valeria condujo la furgoneta por el camino, buscando una salida a la carretera. Luna miró por la ventana, buscando una ayuda a su situación. Vieron el cielo negro, la luna llena, las estrellas brillantes. Vieron la oscuridad de la noche. Se sintieron solas y perdidas.

¿Qué vamos a hacer? - preguntó Luna con angustia.

No lo sé, no lo sé - respondió Valeria con desesperación.

Se quedaron en silencio, sin saber qué decir ni qué hacer. Se miraron con tristeza y compasión. Se abrazaron con ternura y consuelo.

Así huyeron de la fiesta. Así empezó su búsqueda.

Capítulo 7: La sorpresa



Valeria y Luna condujeron la furgoneta por la carretera, alejándose de la fiesta. Se alejaron del Jefe y de su banda, que no pudieron seguirlos. Se alejaron de Leo y de su muerte, que no pudieron olvidar. Se alejaron de su pasado y de su presente, que no pudieron cambiar. Se acercaron a su futuro, que no pudieron prever.

¿A dónde vamos? - preguntó Luna con incertidumbre.

No lo sé, no lo sé - respondió Valeria con desesperación.

Se quedaron en silencio, sin saber qué decir ni qué hacer. Se miraron con tristeza y compasión. Se abrazaron con ternura y consuelo.

Lo siento, lo siento mucho - dijo Luna llorando - Siento haber confiado en Leo. Siento haber venido a esta fiesta. Siento haberte metido en este lío.

No, no lo sientas - dijo Valeria llorando también - No es tu culpa. Es culpa de Leo. Es culpa del Jefe. Es culpa de esta fiesta.

¿Qué vamos a hacer? - repitió Luna con desesperación.

No lo sé, no lo sé - repitió Valeria con angustia.

En ese momento, vieron una luz. Una luz que provenía de una gasolinera. Una luz que les iluminó el camino.

Mira, una gasolinera - dijo Valeria con alivio.

Sí, una gasolinera - dijo Luna con esperanza.

Se acercaron a la gasolinera, buscando una ayuda a su situación. Se bajaron de la furgoneta y entraron en la tienda, donde había un empleado y un cliente. El empleado era un hombre mayor y calvo, con bigote y gafas. El cliente era un hombre joven y rubio, con barba y sombrero. Ambos tenían una actitud amable y cordial.

Hola, buenas noches - les dijo el empleado con simpatía - ¿Qué desean?

Hola, buenas noches - les dijo el cliente con cortesía - ¿Qué les pasa?

Valeria y Luna se sintieron acogidas y queridas. Se sintieron parte de algo grande y bueno. Se sintieron felices.

Hola, buenas noches - les dijeron ellas con gratitud - Gracias por recibirnos.

No hay de qué - les dijo el empleado con humildad - Somos muy abiertos y hospitalarios. Yo me llamo Pedro, y soy el dueño de esta gasolinera.

Encantadas - dijeron ellas - Nosotras nos llamamos Valeria y Luna, y somos unas viajeras.

Mucho gusto - les dijo el cliente con orgullo - Yo me llamo Carlos, y soy un escritor.

Encantadas también - dijeron ellas - Nosotras somos unas artistas.

Pedro los observaba con sorpresa y comprensión. Se dio cuenta de que tenían algo en común: una pasión por el arte.

¿Qué tipo de artistas? - preguntó Pedro con curiosidad.

Somos unas malabaristas - respondió Luna con entusiasmo.

¿Y qué tipo de escritor? - preguntó Pedro con interés.

Soy un novelista - respondió Carlos con pasión.

Pedro sonrió y asintió con la cabeza. Les ofreció cuatro tazas de café y se sentó con ellos en una mesa. Empezaron a conversar animadamente, contándose sus vidas, sus sueños, sus proyectos. Se rieron, se emocionaron, se confiaron.

Valeria y Luna se sintieron a gusto y relajadas. Se sintieron escuchadas y comprendidas. Se sintieron esperanzadas y optimistas.

Gracias, gracias - le dijeron ellas a Pedro con agradecimiento.

No hay de qué - les dijo Pedro con generosidad - Es un placer teneros aquí. Es un placer veros así.

Les sirvió más café y les hizo más preguntas. Les preguntó por su viaje, por su destino, por sus planes. Ellas le contaron la verdad. Le contaron que habían huido de una fiesta donde habían matado a su amigo. Le contaron que habían escapado de un hombre que las quería matar a ellas. Le contaron que no sabían a dónde ir ni qué hacer.

Pedro las escuchó con horror y asombro. No podía creer lo que oía. No podía creer lo que habían vivido.

¿Qué? - exclamó Pedro con incredulidad - ¿Qué me estáis contando? ¿Es eso cierto?

Sí, sí - dijeron ellas con tristeza - Es cierto. Es la pura verdad.

Dios mío, Dios mío - dijo Pedro con compasión - Lo siento mucho. Lo siento mucho por vosotras.

Gracias, gracias - dijeron ellas con gratitud.

No hay de qué - dijo Pedro con humildad - Pero no os preocupéis. No os preocupéis por nada. Yo os voy a ayudar. Yo os voy a proteger. Yo os voy a dar una sorpresa.

¿Una sorpresa? - preguntaron ellas con curiosidad.

Sí, una sorpresa - respondió Pedro con una sonrisa - Una sorpresa que os va a gustar. Una sorpresa que os va a cambiar la vida.

¿Qué tipo de sorpresa? - preguntaron ellas con intriga.

Una sorpresa muy especial - respondió Pedro con emoción - Una sorpresa que tiene que ver con el arte, la música, la danza, la poesía, la libertad, el amor. Una sorpresa que tiene que ver con vuestro sueño.

¿Nuestro sueño? - repitieron ellas con sorpresa.

Sí, vuestro sueño - afirmó Pedro con convicción - Vuestro sueño de ser unas artistas reconocidas y admiradas. Vuestro sueño de viajar por el mundo y conocer otras culturas. Vuestro sueño de expresaros libremente y hacer felices a los demás.

¿Cómo sabes nuestro sueño? - preguntaron ellas con asombro.

Lo sé porque es el mismo que el mío - respondió Pedro con pasión - Lo sé porque yo también soy un artista. Un artista que ha cumplido su sueño. Un artista que os va a ayudar a cumplir el vuestro.

¿Qué quieres decir? - preguntaron ellas con confusión.

Pedro se levantó de la mesa y se dirigió al mostrador. Abrió un cajón y sacó un sobre. Volvió a la mesa y les entregó el sobre.

Esto es lo que quiero decir - les dijo Pedro con una sonrisa - Esto es lo que os quiero dar. Esto es lo que os va a sorprender.

Ellas cogieron el sobre y lo abrieron. Dentro había cuatro billetes de avión y cuatro pasaportes. Los billetes eran para un vuelo a París, la capital de Francia. Los pasaportes eran falsos, pero parecían reales. Tenían sus fotos, sus nombres y sus datos.

¿Qué es esto? - preguntaron ellas con incredulidad.

Esto es vuestra salvación - respondió Pedro con orgullo - Esto es vuestra oportunidad. Esto es vuestro regalo.

Ellas miraron los billetes y los pasaportes con asombro y emoción. No podían creer lo que veían. No podían creer lo que tenían.

¿Qué significa esto? - preguntaron ellas con ilusión.

Esto significa que os voy a llevar a París - respondió Pedro con entusiasmo - Os voy a llevar a la ciudad del arte, de la música, de la danza, de la poesía, de la libertad, del amor. Os voy a llevar a la ciudad donde yo vivo y trabajo. Os voy a llevar a la ciudad donde yo soy feliz.

¿Por qué? - preguntaron ellas con gratitud.

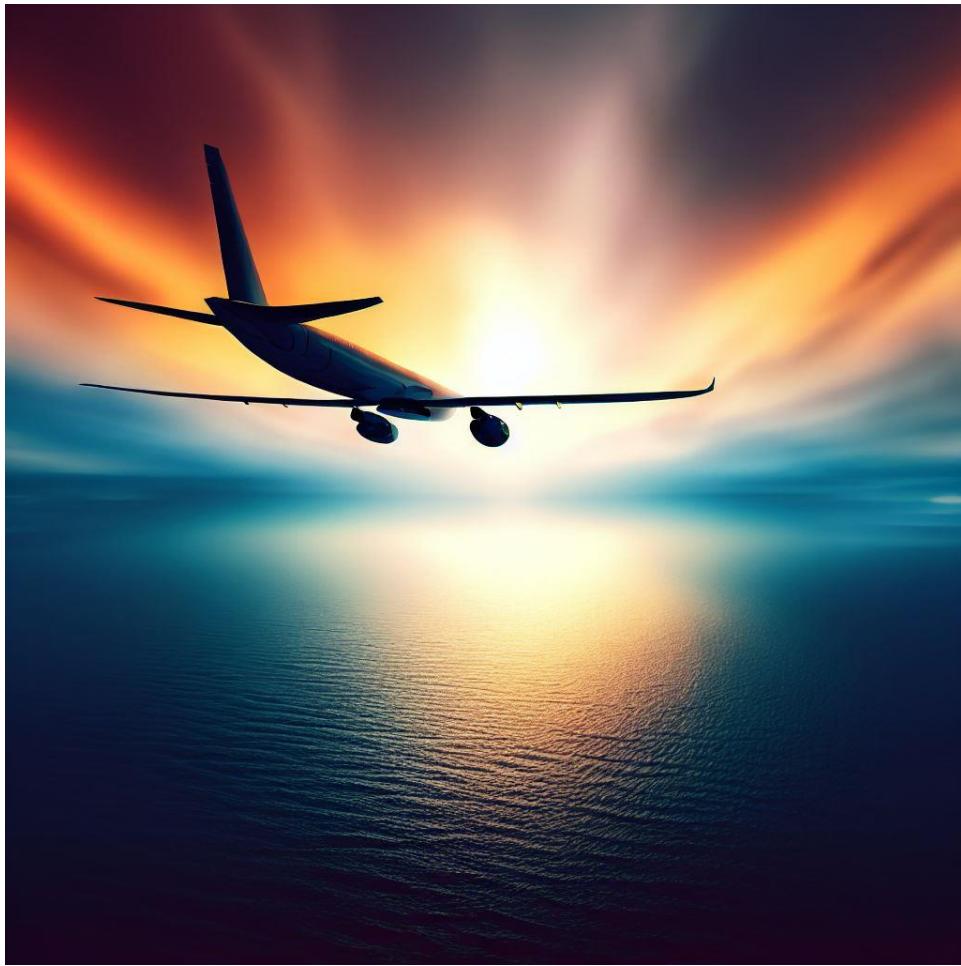
Porque sí - respondió Pedro con sencillez - Porque quiero. Porque puedo. Porque me caéis bien. Porque sois unas artistas como yo. Porque tenéis un sueño como yo. Porque merecéis una oportunidad como yo.

Ellas se quedaron sin palabras, sin saber qué decir ni qué hacer. Se miraron con alegría y admiración. Se abrazaron con ternura y emoción.

Gracias, gracias - le dijeron ellas a Pedro llorando de felicidad.

No hay de qué - les dijo Pedro llorando también.

Capítulo 8: El destino



Valeria y Luna aceptaron la propuesta de Pedro y se prepararon para viajar a París. Empacaron sus cosas en la furgoneta y se despidieron de Carlos, el escritor, que les deseó buena suerte y les dio su número de teléfono. Subieron a la furgoneta con Pedro, que les entregó los billetes y los pasaportes falsos. Salieron de la gasolinera y se dirigieron al aeropuerto, donde tomarían el avión.

¿Estáis listas? - les preguntó Pedro con una sonrisa.

Sí, estamos listas - le respondieron ellas con ilusión.

Pues vamos - dijo Pedro con entusiasmo.

Llegaron al aeropuerto y se bajaron de la furgoneta. Entraron en la terminal y se dirigieron al mostrador de facturación. Mostraron sus billetes y sus pasaportes al empleado, que los revisó con atención. El empleado no se dio cuenta de que eran falsos y los devolvió con una sonrisa.

Buen viaje - les dijo el empleado con cortesía.

Gracias - le dijeron ellos con alivio.

Pasaron el control de seguridad y el control de pasaportes sin problemas. Llegaron a la sala de embarque y esperaron a que anunciaran su vuelo. Se sentaron en unos asientos y se relajaron un poco.

Lo hemos conseguido - dijo Valeria con alegría.

Sí, lo hemos conseguido - dijo Luna con emoción.

Sí, lo habéis conseguido - dijo Pedro con orgullo.

Se abrazaron y se felicitaron por su éxito. Se sintieron a gusto y confiadas. Se sintieron esperanzadas y optimistas.

Gracias, gracias - le dijeron ellas a Pedro con gratitud.

No hay de qué - les dijo Pedro con humildad - Pero no os confiéis. Aún queda lo más difícil.

¿Qué es lo más difícil? - preguntaron ellas con curiosidad.

Lo más difícil es llegar a París - respondió Pedro con seriedad - Lo más difícil es pasar el control de inmigración. Lo más difícil es empezar una nueva vida.

¿Por qué? - preguntaron ellas con preocupación.

Porque París no es como creéis - respondió Pedro con sinceridad - París no es solo la ciudad del arte, de la música, de la danza, de la poesía, de la libertad, del amor. París también es la ciudad del caos, de la violencia, de la pobreza, de la discriminación, de la represión, del odio.

¿Qué quieras decir? - preguntaron ellas con confusión.

Quiero decir que París no es fácil - respondió Pedro con realismo - Quiero decir que París no es para todos. Quiero decir que París no os va a regalar nada. Quiero decir que París os va a poner a prueba.

¿A prueba de qué? - preguntaron ellas con intriga.

A prueba de todo - respondió Pedro con emoción - A prueba de vuestra valentía, vuestra inteligencia, vuestra creatividad. A prueba de vuestro talento, vuestro esfuerzo, vuestro sacrificio. A prueba de vuestro sueño.

Ellas se quedaron pensativas y expectantes. Se preguntaron qué les esperaba en París. Se preguntaron qué harían en París. Se preguntaron si les gustaría París.

En ese momento, anunciaron su vuelo por los altavoces. Era el momento de embarcar. Era el momento de partir.

Vamos - dijo Pedro levantándose - Vamos a París.

Vamos - dijeron ellas siguiéndolo - Vamos a París.

Cogieron sus maletas y se dirigieron al avión. Mostraron sus billetes y sus pasaportes al personal de abordo, que los recibió con una sonrisa. Entraron en el avión y se sentaron en sus asientos. Se abrocharon los cinturones y se prepararon para despegar.

El avión despegó y se elevó por el cielo. Dejó atrás Venezuela y cruzó el océano Atlántico. Voló durante varias horas hasta llegar a Francia. Aterrizó en el aeropuerto Charles de Gaulle, en las afueras de París.

Hemos llegado - anunció Pedro con una sonrisa.

Hemos llegado - repitieron ellas con ilusión.

Se bajaron del avión y se dirigieron al control de inmigración. Mostraron sus pasaportes al oficial, que los examinó con atención. El oficial no se dio cuenta de que eran falsos y los selló con un sello. Les deseó una buena estancia y les devolvió los pasaportes.

Bienvenidos a Francia - les dijo el oficial con cortesía.

Gracias - le dijeron ellos con alivio.

Salieron del aeropuerto y tomaron un taxi. Le pidieron al conductor que los llevara al centro de París, donde Pedro tenía su apartamento. El conductor aceptó y arrancó el motor. Salieron del aeropuerto y se adentraron en la ciudad.

Bienvenidos a París - les dijo Pedro con una sonrisa.

Gracias - le dijeron ellas con emoción.

Miraron por la ventana y vieron la ciudad. Vieron los edificios antiguos y modernos, los monumentos históricos y artísticos, los puentes sobre el río Sena,

las calles llenas de gente y de coches. Vieron la belleza de la ciudad. Se sintieron libres y vivas.

Qué bonito - dijo Valeria con admiración.

Sí, es bonito - dijo Luna con pasión.

Sí, es bonito - dijo Pedro con nostalgia.

Pero también vieron la otra cara de la ciudad. Vieron los barrios pobres y marginales, las manifestaciones violentas y policiales, los mendigos en las aceras, los inmigrantes en las colas, los carteles de "se busca" y "se alquila". Vieron la realidad de la ciudad. Se sintieron solas y perdidas.

Qué duro - dijo Valeria con tristeza.

Sí, es duro - dijo Luna con rabia.

Sí, es duro - dijo Pedro con resignación.

Llegaron al apartamento de Pedro, que era pequeño y modesto, pero acogedor y limpio. Pedro les abrió la puerta y les invitó a entrar. Les mostró su casa, que tenía una habitación, un baño, una cocina y un salón. Les ofreció su hospitalidad, que incluía una cama, una ducha, una comida y una charla.

Esta es vuestra casa - les dijo Pedro con generosidad - Podéis quedaros aquí el tiempo que queráis. Podéis usar todo lo que hay aquí. Podéis contar conmigo para lo que necesitéis.

Gracias, gracias - le dijeron ellas con gratitud.

No hay de qué - les dijo Pedro con humildad - Pero no os relajéis. Aún queda lo más importante.

¿Qué es lo más importante? - preguntaron ellas con curiosidad.

Lo más importante es cumplir vuestro sueño - respondió Pedro con seriedad - Lo más importante es ser unas artistas reconocidas y admiradas. Lo más importante es viajar por el mundo y conocer otras culturas. Lo más importante es expresaros libremente y hacer felices a los demás.

¿Y cómo vamos a hacer eso? - preguntaron ellas con duda.

Vamos a hacerlo juntos - respondió Pedro con entusiasmo - Vamos a hacerlo como un equipo. Vamos a hacerlo como una familia.

¿Una familia? - repitieron ellas con sorpresa.

Sí, una familia - afirmó Pedro con convicción - Una familia que se quiere y se cuida. Una familia que se apoya y se respeta. Una familia que se divierte y se expresa.

Ellas sonrieron y asintieron con la cabeza. Se sintieron parte de esa familia. Se sintieron parte de ese sueño. Se sintieron felices.

Pedro les contó su plan. Les contó que tenía contactos en el mundo del arte, de la música, de la danza, de la poesía, de la libertad, del amor. Les contó que tenía amigos en diferentes países y ciudades, que les podían ayudar y alojar. Les contó que tenía proyectos en marcha y en mente, que les podían incluir y beneficiar.

Ellas escucharon su plan con atención e interés. Se sintieron atraídas e ilusionadas por su plan. Se sintieron esperanzadas.

Capítulo 9: El éxito



Valeria y Luna se unieron al plan de Pedro y se pusieron a trabajar en su sueño. Trabajaron duro y con pasión, aprendiendo y mejorando sus habilidades artísticas. Trabajaron juntos y con armonía, apoyándose y respetándose mutuamente. Trabajaron como una familia y como un equipo, divirtiéndose y expresándose libremente.

Pedro les consiguió sus primeros contratos y actuaciones en París, donde se dieron a conocer y causaron sensación. Pedro les consiguió sus primeros viajes y giras por Europa, donde se hicieron famosas y admiradas. Pedro les consiguió sus primeros premios y reconocimientos internacionales, donde se consagraron como unas artistas de éxito y prestigio.

Valeria y Luna se sintieron agradecidas y orgullosas. Se sintieron realizadas y felices. Se sintieron cumplidas y satisfechas.

Gracias, gracias - le dijeron ellas a Pedro con gratitud.

No hay de qué - les dijo Pedro con humildad - Vosotras lo habéis hecho todo. Vosotras os lo habéis merecido todo.

Se abrazaron y se felicitaron por su éxito. Se sintieron a gusto y confiadas. Se sintieron esperanzadas y optimistas.

Lo hemos conseguido - dijo Valeria con alegría.

Sí, lo hemos conseguido - dijo Luna con emoción.

Sí, lo habéis conseguido - dijo Pedro con orgullo.

Pero su éxito no fue fácil ni rápido. Su éxito tuvo un precio y un sacrificio. Su éxito tuvo un riesgo y un peligro.

Su éxito atrajo la atención y la envidia de muchos. Su éxito atrajo la admiración y el amor de algunos. Su éxito atrajo la ira y el odio de uno.

Ese uno era el Jefe, que no se había olvidado de ellas. Ese uno era el Jefe, que las había buscado por todo el mundo. Ese uno era el Jefe, que las había encontrado en París.

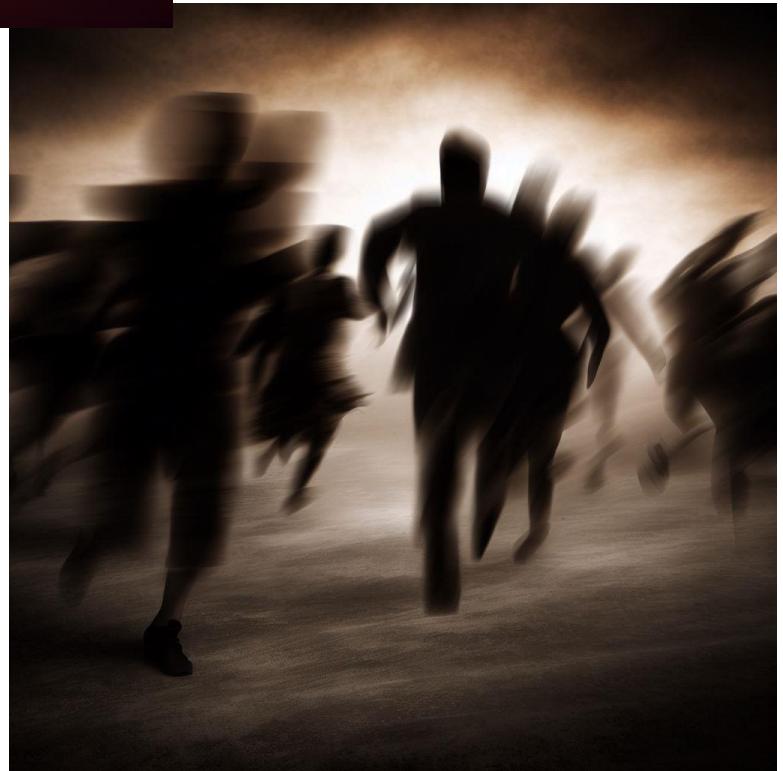
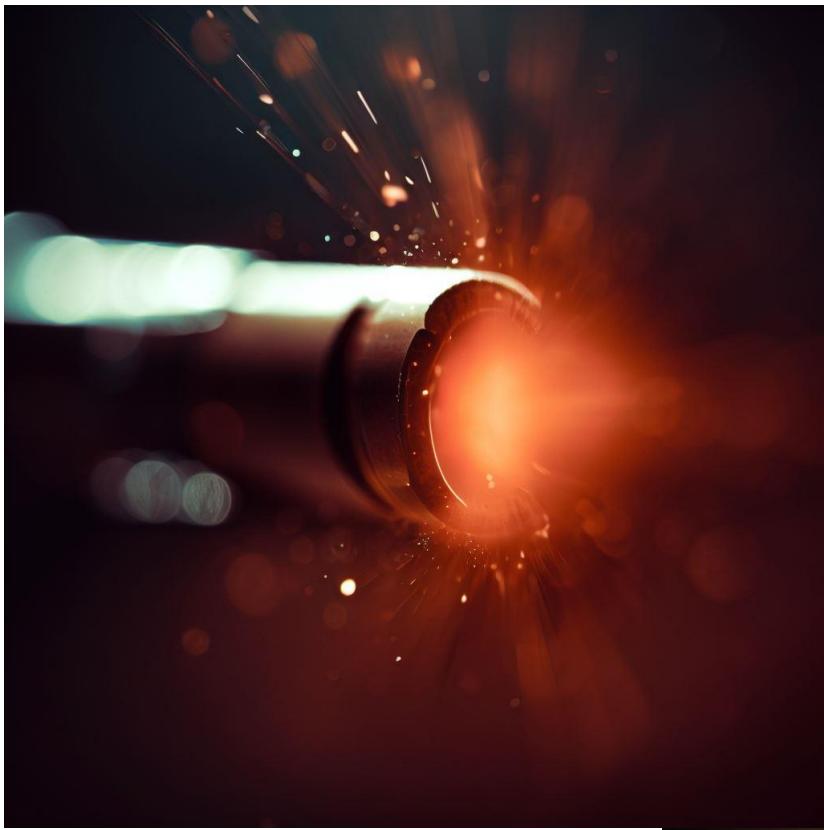
El Jefe llegó a París con su moto, acompañado de sus secuaces. Entró en el teatro donde ellas actuaban, donde había una multitud de espectadores. Miró al escenario, donde ellas brillaban con luz propia. Las reconoció al instante y sonrió con malicia.

Hola, chicas - les dijo el Jefe en voz baja - ¿Qué tal?

Ellas no le oyeron ni le vieron. Ellas estaban concentradas en su actuación. Ellas estaban disfrutando de su arte.

El Jefe sacó una pistola de su chaqueta y apuntó a ellas con ella. Esperó a que terminaran su número y recibieran los aplausos del público. Esperó a que salieran del escenario y se dirigieran al camerino. Esperó a que estuvieran solas e indefensas.

Entonces disparó.



Capítulo 10: El final



El disparo resonó en el teatro, causando el pánico y el caos entre los espectadores. El disparo impactó en el camerino, donde Valeria y Luna se habían refugiado. El disparo las hirió de gravedad, pero no las mató.

Ellas se dieron cuenta de que el Jefe las había encontrado y atacado. Ellas se dieron cuenta de que estaban en peligro y que necesitaban ayuda. Ellas se dieron cuenta de que se querían y que no querían morir.

Luna, Luna - dijo Valeria con dolor - ¿Estás bien?

Valeria, Valeria - dijo Luna con dolor también - No, no estoy bien.

Yo tampoco - dijo Valeria con tristeza.

¿Qué vamos a hacer? - preguntó Luna con miedo.

No lo sé, no lo sé - respondió Valeria con desesperación.

Se quedaron en silencio, sin saber qué decir ni qué hacer. Se miraron con tristeza y compasión. Se abrazaron con ternura y consuelo.

Lo siento, lo siento mucho - dijo Luna llorando - Siento haber confiado en Leo. Siento haber venido a esta fiesta. Siento haberte metido en este lío.

No, no lo sientas - dijo Valeria llorando también - No es tu culpa. Es culpa de Leo. Es culpa del Jefe. Es culpa de esta fiesta.

¿Qué vamos a hacer? - repitió Luna con desesperación.

No lo sé, no lo sé - repitió Valeria con angustia.

En ese momento, entró Pedro en el camerino. Pedro había oído el disparo y había corrido a socorrerlas. Pedro las vio tendidas en el suelo, sangrando y sufriendo. Pedro se acercó a ellas y las cogió de la mano.

Valeria, Luna - les dijo Pedro con angustia - ¿Qué os ha pasado?

Pedro, Pedro - le dijeron ellas con alivio - Gracias por venir.

No hay de qué - les dijo Pedro con humildad - Pero no os preocupéis. No os preocupéis por nada. Yo os voy a ayudar. Yo os voy a salvar. Yo os voy a dar una sorpresa.

¿Una sorpresa? - preguntaron ellas con curiosidad.

Sí, una sorpresa - respondió Pedro con una sonrisa - Una sorpresa que os va a gustar. Una sorpresa que os va a cambiar la vida.

¿Qué tipo de sorpresa? - preguntaron ellas con intriga.

Una sorpresa muy especial - respondió Pedro con emoción - Una sorpresa que tiene que ver con el arte, la música, la danza, la poesía, la libertad, el amor. Una sorpresa que tiene que ver con vuestro sueño.

¿Nuestro sueño? - repitieron ellas con sorpresa.

Sí, vuestro sueño - afirmó Pedro con convicción - Vuestro sueño de ser unas artistas reconocidas y admiradas. Vuestro sueño de viajar por el mundo y conocer otras culturas. Vuestro sueño de expresaros libremente y hacer felices a los demás.

¿Qué quieres decir? - preguntaron ellas con confusión.

Pedro sacó de su bolsillo un sobre y se los entregó.

Esto es lo que quiero decir - les dijo Pedro con una sonrisa - Esto es lo que os quiero dar. Esto es lo que os va a sorprender.

Ellas cogieron el sobre y lo abrieron. Dentro había dos cartas y dos cheques. Las cartas eran de dos prestigiosos festivales de arte, uno en Nueva York y otro en Tokio. Los cheques eran de dos generosos mecenas, uno en Londres y otro en Berlín.

Las cartas las invitaban a participar en los festivales como artistas invitadas, reconociendo su talento y su trayectoria. Los cheques les ofrecían una importante suma de dinero para financiar sus proyectos artísticos, apoyando su creatividad y su innovación.

Ellas miraron las cartas y los cheques con asombro y emoción. No podían creer lo que veían. No podían creer lo que tenían.

¿Qué es esto? - preguntaron ellas con incredulidad.

Esto es vuestra recompensa - respondió Pedro con orgullo - Esto es vuestra oportunidad. Esto es vuestro regalo.

Ellas miraron a Pedro con gratitud y admiración. No podían creer lo que había hecho. No podían creer lo que les había dado.

¿Qué significa esto? - preguntaron ellas con ilusión.

Esto significa que habéis cumplido vuestro sueño - respondió Pedro con entusiasmo - Esto significa que sois unas artistas reconocidas y admiradas. Esto significa que podéis viajar por el mundo y conocer otras culturas. Esto significa que podéis expresaros libremente y hacer felices a los demás.

¿Por qué? - preguntaron ellas con gratitud.

Porque sí - respondió Pedro con sencillez - Porque quiero. Porque puedo. Porque me caéis bien. Porque sois unas artistas como yo. Porque tenéis un sueño como yo. Porque merecéis una oportunidad como yo.

Ellas se quedaron sin palabras, sin saber qué decir ni qué hacer. Se miraron con alegría y emoción. Se abrazaron con ternura y consuelo.

Gracias, gracias - le dijeron ellas a Pedro llorando de felicidad.

No hay de qué - les dijo Pedro llorando también - Pero no os confiéis. Aún queda lo más importante.

¿Qué es lo más importante? - preguntaron ellas con curiosidad.

Lo más importante es vivir - respondió Pedro con seriedad - Lo más importante es sobrevivir a este disparo. Lo más importante es salir de este teatro. Lo más importante es escapar de este hombre.

¿Qué hombre? - preguntaron ellas con miedo.

El hombre que os ha disparado - respondió Pedro con horror - El hombre que os quiere matar. El hombre que os odia.

¿Quién es ese hombre? - preguntaron ellas con confusión.

Ese hombre es el Jefe - respondió Pedro con rabia - Ese hombre es el líder de una banda de moteros, que se dedica al tráfico de drogas, armas y personas. Ese hombre es el dueño de ese descampado, donde tenía su base de operaciones. Ese hombre es el organizador de esa fiesta, donde vendía sus productos y reclutaba a sus clientes.

Ellas se quedaron heladas y aterrorizadas. Se dieron cuenta de que el Jefe las había encontrado y atacado otra vez. Se dieron cuenta de que estaban en peligro otra vez y que necesitaban ayuda otra vez. Se dieron cuenta de que se querían otra vez y que no querían morir otra vez.

¿Qué vamos a hacer? - preguntó Luna con desesperación.

No lo sé, no lo sé - respondió Valeria con angustia.

Se quedaron en silencio, sin saber qué decir ni qué hacer. Se miraron con tristeza y compasión. Se abrazaron con ternura y consuelo.

En ese momento, entró Carlos en el camerino. Carlos había oído el disparo y había llamado a la policía y a la ambulancia. Carlos las vio tendidas en el suelo, sangrando y sufriendo. Carlos se acercó a ellas y las cogió de la mano.

Valeria, Luna - les dijo Carlos con angustia - ¿Qué os ha pasado?

Carlos, Carlos - le dijeron ellas con alivio - Gracias por venir.

No hay de qué - les dijo Carlos con humildad - Pero no os preocupéis. No os preocupéis por nada. Yo os voy a ayudar. Yo os voy a salvar. Yo os voy a dar una sorpresa.

¿Una sorpresa? - preguntaron ellas con curiosidad.

Sí, una sorpresa - respondió Carlos con una sonrisa - Una sorpresa que os va a gustar. Una sorpresa que os va a cambiar la vida.

¿Qué tipo de sorpresa? - preguntaron ellas con intriga.

Una sorpresa muy especial - respondió Carlos con emoción - Una sorpresa que tiene que ver con el arte, la música, la danza, la poesía, la libertad, el amor. Una sorpresa que tiene que ver con mi libro.

¿Tu libro? - preguntaron ellas con sorpresa.

Sí, mi libro - afirmó Carlos con orgullo - Mi libro que acabo de publicar. Mi libro que os está dedicado. Mi libro que os va a inmortalizar.

¿Qué quieras decir? - preguntaron ellas con confusión.

Carlos sacó de su bolsillo un libro y se los entregó.

Esto es lo que quiero decir - les dijo Carlos con una sonrisa - Esto es lo que os quiero dar. Esto es lo que os va a sorprender.

Ellas cogieron el libro y lo abrieron. Vieron el título y la portada, que eran llamativos y originales. Vieron el prólogo y el epílogo, que eran emotivos y sinceros. Vieron las páginas y los capítulos, que eran narrativos e interesantes.

El libro era una novela basada en su historia. El libro era una novela inspirada en su aventura. El libro era una novela dedicada a su sueño.

Ellas leyeron el título y la portada con asombro y emoción. No podían creer lo que veían. No podían creer lo que tenían.

¿Qué es esto? - preguntaron ellas con incredulidad.

Esto es vuestra historia - respondió Carlos con orgullo - Esto es vuestra aventura. Esto es vuestro sueño.

Ellas leyeron el prólogo y el epílogo con gratitud y admiración. No podían creer lo que había escrito. No podían creer lo que les había dicho.

¿Qué significa esto? - preguntaron ellas con ilusión.

Esto significa que sois unas protagonistas - respondió Carlos con entusiasmo - Esto significa que sois unas heroínas. Esto significa que sois unas leyendas.

¿Por qué? - preguntaron ellas con gratitud.

Porque sí - respondió Carlos con sencillez - Porque quiero. Porque puedo. Porque me caéis bien. Porque sois unas artistas como yo. Porque tenéis un sueño como yo. Porque merecéis una oportunidad como yo.

Ellas se quedaron sin palabras, sin saber qué decir ni qué hacer. Se miraron con alegría y emoción. Se abrazaron con ternura y consuelo.

Gracias, gracias - le dijeron ellas a Carlos llorando de felicidad.

No hay de qué - les dijo Carlos llorando también - Pero no os confiéis. Aún queda lo más importante.

¿Qué es lo más importante? - preguntaron ellas con curiosidad.

Lo más importante es vivir - respondió Carlos con seriedad - Lo más importante es sobrevivir a este disparo. Lo más importante es salir de este teatro. Lo más importante es escapar de este hombre.

¿Qué hombre? - preguntaron ellas con miedo.

El hombre que os ha disparado - respondió Carlos con horror - El hombre que os quiere matar. El hombre que os odia.

¿Quién es ese hombre? - preguntaron ellas con confusión.

Ese hombre es el Jefe - respondió Carlos con rabia - Ese hombre es el líder de una banda de moteros, que se dedica al tráfico de drogas, armas y personas. Ese hombre es el dueño de ese descampado, donde tenía su base de operaciones. Ese hombre es el organizador de esa fiesta, donde vendía sus productos y reclutaba a sus clientes.

Ellas se quedaron heladas y aterrorizadas otra vez. Se dieron cuenta de que el Jefe las había encontrado y atacado otra vez. Se dieron cuenta de que estaban en peligro otra vez y que necesitaban ayuda otra vez. Se dieron cuenta de que se querían otra vez y que no querían morir otra vez.

En ese momento, llegó la policía al teatro. La policía había recibido la llamada de Carlos y había venido a detener al Jefe y a sus secuaces. La policía entró en el teatro y se enfrentó al Jefe y a sus secuaces, que dispararon contra ellos sin piedad. La policía les devolvió el fuego y los redujo, capturando a algunos y matando a otros.

El Jefe fue uno de los que murió. El Jefe recibió un disparo en el pecho y cayó al suelo. El Jefe sintió un dolor insopportable y agonizó. Vio la cara de la policía borrosa y distante. Vio el teatro oscuro y silencioso. Vio su vida pasar por sus ojos. Vio a Valeria y a Luna sonriendo y llorando. Vio el arte.

Así murió el Jefe. Así terminó su pesadilla.

En ese momento, llegó la ambulancia al teatro. La ambulancia había recibido la llamada de Carlos y había venido a socorrer a Valeria y a Luna. La ambulancia entró en el teatro y se acercó al camerino, donde estaban ellas con Pedro y Carlos. La ambulancia las atendió y las trasladó al hospital, donde las operaron y las curaron.

Valeria y Luna fueron unas de las que sobrevivieron. Valeria y Luna recibieron una transfusión de sangre y una sutura de heridas. Valeria y Luna sintieron un alivio inmenso y se recuperaron. Vieron la cara de Pedro y de Carlos nítida y cercana. Vieron el hospital claro e iluminado. Vieron su futuro brillar por sus ojos. Vieron el arte.

Así vivieron Valeria y Luna. Así terminó su historia.



GiangStore

Books



Visita el Sitio Web y descubre todo los libro que tenemos aquí:

[Visita el sitio web aquí](#)